

vilización de última hora á los ojos de toda persona de sensibilidad delicada». La marea irresistible de la democracia triunfante, que no puede tolerar forma alguna de monopolio (y el Bushido era un monopolio organizado por los que acaparaban el capital de inteligencia y cultura, fijando los grados y el valor de las cualidades morales) es por sí sola capaz de devorar lo que queda del Bushido. Las modernas fuerzas societarias son enemigas del estrecho espíritu de clase, y la Caballería es, según la severa crítica de Freeman, un espíritu de clase. La sociedad moderna, si aspira á una unidad, no puede admitir «obligaciones puramente personales, establecidas en interés exclusivo de una clase» (1). Añádase á esto el progreso de la educación popular, de las artes y las costumbres industriales de la riqueza y de la vida urbana, y se verá fácilmente que ni los más agudos filos de las espadas de los samurai, ni las más agudas flechas disparadas con los arcos más fuertes del Bushido, pueden aportar ningún remedio. El Estado construído sobre la roca del honor y fortificado con él (¿deberemos llamar á esto el Ehrenstaat, ó, á la manera de Carlyle, la Heroarquía?) va cayendo rápidamente en manos de leguleyos y politicastro, armados con máquinas guerreras de mecanismo lógico. Las palabras que un gran pensador empleó al hablar de Teresa y An-

(1) *Norman Conquest*, vol. V, pág. 482.

tigona, pueden repetirse con propiedad respecto al samurai: «el medio en que se informaron sus arduos actos ha desaparecido para siempre».

¡Ay de las virtudes caballerescas! ¡Ay del orgullo samurai! La moralidad anunciada al mundo al son de clarines y tambores está llamada á desvanecerse cuando «los capitanes y los reyes mueren».

Si la historia nos puede enseñar algo, el Estado, que se funda en las virtudes militares (ya sea una ciudad como Esparta ó un imperio como Roma), no puede hacer sobre la tierra una «ciudad permanente». Aunque el instinto de la lucha sea universal y natural en el hombre, aunque haya sido fértil en sentimientos nobles y en virtudes varoniles, no comprende al hombre entero. Debajo del instinto de lucha fermenta un divino instinto de amor. Ya hemos visto que el sintoísmo, Mencio y Wan Yang Ming lo han predicado claramente; pero el Bushido y todas las demás escuelas militantes de ética, preocupadas, sin duda, por cuestiones de inmediata necesidad práctica, se han olvidado con demasiada frecuencia de dar la debida importancia á ese principio. La vida se ha hecho más amplia en estos últimos tiempos. Asuntos más nobles y más generales que los de un guerrero atraen nuestra atención hoy día. Con una concepción más amplia de la vida, con el desarrollo de la democracia, con el mejor conocimiento de los demás pueblos y na-



ciones, la idea confuciana de benevolencia—¿me atreveré á añadir la idea budista de Compasión?— florecerán en la concepción cristiana del amor. Los hombres son ya más que súbditos, habiendo ascendido á la categoría de ciudadanos: mejor dicho, son más que ciudadanos, porque son hombres.

Aunque se ciernen en el horizonte nubes de guerra, queremos creer que las alas del ángel de la paz podrán dispersarlas. La historia del mundo confirma la profecía de que «de los mansos de corazón será el reino de la tierra». ¡Una nación que vende su primogenitura de paz y retrocede desde la primera línea del industrialismo á las del filibusterismo, no cabe duda de que hace un pobre negocio!

Cuando las condiciones de la sociedad han cambiado, de tal suerte que son, no sólo desfavorables, sino hostiles al Bushido, es que ha llegado para éste el momento de prepararse una sepultura decorosa. Es tan difícil señalar el instante en que muere la Caballería, como determinar el momento exacto de su nacimiento. El Dr. Miller dice que la Caballería quedó de hecho abolida en el año de 1559, cuando Enrique II de Francia sucumbió en un torneo. Entre nosotros, el edicto que abolió oficialmente el feudalismo en 1870, fué la señal para tocar á muerto por el Bushido. El decreto publicado dos años más tarde, prohibiendo llevar espadas, desterró la vieja, «la inapreciable gracia de

la vida, la fácil defensa de las naciones», y trajo la nueva edad de los «sofistas, economistas y calculadores».

Se ha dicho que el Japón ganó su última guerra contra China por medio de los fusiles Murata y del cañón Krupp; se ha dicho que la victoria fué debida á un sistema escolar moderno; pero éstas no son más que verdades á medias. ¿Acaso un piano, aunque sea una obra maestra de Erard ó de Steinway, prorrumpe en rapsodias de Liszt ó en sonatas de Beethoven, sin la mano de un maestro? Si las armas de fuego ganan las batallas, ¿por qué Luis Napoleón no derrotó á los prusianos con su *Mitrailleuse*, ó los españoles con sus Mausers á los filipinos, cuyas armas no eran mejores que anticuados Remingtons? No es necesario repetir lo que ya se ha hecho un lugar común: que el espíritu es el que vivifica, y que, sin él, las mejores armas nada aprovechan. Los fusiles y cañones más perfeccionados no disparan por sí solos; el más moderno sistema educativo no hace de un cobarde un héroe. ¡No! Lo que ganó las batallas en el Yalu, en Corea y en la Mandchuria, fueron las sombras de nuestros padres, que guiaban nuestras manos y latían en nuestros corazones. No han muerto estas sombras, estos espíritus de nuestros antepasados. Para quienes tengan ojos para ver, son claramente visibles. Escarbad ligeramente en un japonés de las ideas más avanzadas, y encontraréis un samurai.



Como ha observado muy exactamente el profesor Cramb, la gran herencia de honor, de valor y de todas las virtudes marciales, no es «nuestra más que en usufructo, patrimonio inalienable de los muertos y de las generaciones futuras», y la obligación de las presentes es guardar esta herencia, sin menguar un átomo del antiguo espíritu; la obligación de los hombres del porvenir será ensanchar su campo y aplicarla en todos los caminos y relaciones de la vida.

Se ha predicho (y muchas predicciones han sido corroboradas por los acontecimientos del último medio siglo) que el sistema moral del Japón feudal, como sus castillos y sus armaduras, se convertiría en polvo, y que una nueva moral surgiría como el fénix para guiar al nuevo Japón en la senda del progreso. Por muy deseable y probable que sea la realización de esta profecía, no olvidemos que el fénix sólo surge de sus mismas cenizas, y que no es un ave de paso, ni vuela con plumas tomadas á otras aves. «El reino de Dios está dentro de vosotros». No viene salvando las montañas por elevadas que sean; no viene navegando por los mares, aunque éstos sean anchos. «Dios ha concedido, dice el Korán, á cada pueblo un profeta en su propia lengua». Las semillas del Reino, tales como le han sido concedidas al espíritu japonés y recibidas por él, florecieron en el Bushido. Sus días acaban ahora (triste es decirlo, antes de dar todo su fruto),

y miramos á todas partes buscando otras fuentes de dulzura y de luz, de fuerza y bienestar, pero de entre ellas ninguna ha podido llenar su vacío. La filosofía mercantilista de utilitarios y materialistas recibe acogida favorable entre los ergotistas de media alma. El único sistema moral bastante poderoso para dar cuenta del utilitarismo y del materialismo es el Cristianismo, comparado con el cual el Bushido, preciso es confesarlo, es como «la mecha que arde débilmente», de la cual dijo el Mesías que no se debía apagar, sino soplar hasta inflamarla. Como sus precursores hebreos (especialmente Isaías, Jeremías, Amós y Habacuc), el Bushido se fijó particularmente en la conducta moral de los legisladores y hombres públicos y de las naciones, mientras que la moral de Cristo, que se refiere sólo á los individuos y á sus discípulos personales, encontrará cada día mayor aplicación, según aumente en poder el individualismo como factor moral. La moral soberbia, egotista, mal llamada dominadora, de Nietzsche, algo semejante en ciertos aspectos al Bushido, es, ó mucho me engaño, una fase pasajera ó reacción temporal contra lo que él llama, por una distorsión morbosa, moral humilde, abnegada y esclava del Nazareno.

Cristianismo y materialismo (incluyendo el utilitarismo)—¿ó los reducirá el porvenir á las formas todavía más arcaicas de hebraísmo y helenismo?— se repartirán el mundo. Los sistemas menores de



moral deberán alistarse, si quieren vivir, en uno de los dos campos. ¿En cuál de ellos se alistará el Bushido? No teniendo dogma ó fórmula que defender, quizá consienta en desaparecer como entidad; como la flor del cerezo, quiere morir al primer soplo de la brisa matinal. Pero jamás será su suerte una extinción total. ¿Quién puede decir que el estoicismo ha muerto? Ha muerto como sistema, pero vive como virtud: su energía y vitalidad se sienten aún en muchos momentos de la vida—en la filosofía de las naciones occidentales, en la jurisprudencia de todo el mundo civilizado. Más aún: donde quiera que el hombre lucha por elevarse sobre sí mismo, donde quiera que su espíritu domina la carne por su propia voluntad, allí vemos activa la disciplina inmortal de Zenón.

El Bushido, como código independiente de moral, puede desvanecerse, pero su poder no perecerá sobre la tierra; sus escuelas de proezas marciales ó de honor cívico podrán ser demolidas, pero su luz y su gloria sobrevivirán largo tiempo á sus ruinas. Como su flor simbólica, después de haber sido esparcida á los cuatro vientos, todavía enviará á la humanidad la bendición del perfume con que enriquecerá la vida. Siglos más tarde, cuando sus secuaces hayan sido enterrados y hasta su nombre olvidado, su olor vendrá flotando en el aire, como de una lejana colina invisible, «á la cual no alcanza

la mirada desde el borde del camino»; entonces en el bello lenguaje del poeta cuáquero:

«El viajero experimenta la grata sensación  
De un perfume cercano, no sabe de dónde,  
Y, haciendo alto, recibe en su frente descubierta  
La bendición del aire» (1).

- 
- (1) «The traveler owns the grateful sense  
Of sweetness near, he knows not whence,  
And, pausing, takes with forehead bare  
The benediction of the air».